

# LA TARDE

Año XXV

Diario republicano

Número 6.652

DIRECTOR:

J. LÓPEZ BARNÉS

REDACCIÓN:

AVENIDA DE LA ESTACIÓN

Lorca, Mañes 30 Mayo 1933

**JOSE MARTINEZ ROSTAN**  
**MÉDICO**  
**RAYOS X**

Consulta de 10 a 12 De 5 a 6 económica

Alameda de Espartero, 16

LORCA

Camino adelante

## IMPRESION

Jamás se ha dado en España un movimiento de opinión más unánime, que el que dándose viene desde unos meses hace. Movimiento de franca antipatía, de verdadera acritud contra los que el Poder ocupan. Su conducta viene siendo tan opuesta a lo que el país desea, está siendo tan desastrosa su actuación, que no hay quien no se queje, quien no la repuebe, quien no la censure con las más duras frases.

Nos recuerda este movimiento de opinión, el de la época de Primo de Rivera. Diríase que hoy es más general, más unánime, porque lo que entonces se manifestaba en las poblaciones importantes, hoy se extiende de los campos, desde las aldeas hasta las capitales. España a una voz pide el ale-

jamiento del Poder de los que hasta ahora sólo mostraron incompreensión, torpeza, incapacidad.

Tan equivocados andan en cuanto ponen mano, que, ni los más furibundos enemigos de la República lo harían mejor para desacreditarla y hacerla aborrecible que lo hacen estos señores.

De esta verdad indiscutible está ya pereatado todo el mundo. Por eso las extremas derechas rien y los republicanos ven alarmados la insensatez de los gobernantes.

Para bien de España y del régimen, esos hombres no debieran volver jamás a ocupar puestos como los que ocupan. El ostracismo no ha estado nunca tan justificado como en la ocasión presente. Porque no es que son malos, es que son peores.

GRANADA

### Un mitin radical

En el teatro Cervantes se celebró un mitin radical hablando Martínez Barrios.

Habló de la obstrucción. Afirmó que los radicales sólo conceden facilidades para su aprobación a la ley del Tribunal de Garantías, la cual ha de dejar expedito el camino al Jefe del Estado.

Dijo también que no se puede admitir que estas Cortes sean las que apliquen la ley de Congregaciones reli-

giosas, pues esto se puede hacer por decreto.

Terminó su discurso abogando por la constitución de un Gobierno de concentración republicana, para que se purifique particularmente la Justicia.

Las esquelas de defunción que se encarguen en la imprenta de LA TARDE dan derecho a la inserción gratuita de ésta en la primera plana de este diario

MERMELADAS Blanco.  
Fábrica La Providencia.

Dos discursos

## La hostilidad socialista al liberalismo

¿Por qué del odio socialista al liberalismo español? Quizá porque el espíritu colectivista de aquel, repele el amplio individualismo liberal; o, posiblemente, porque lo considera la fuerza ideológica cuyo arraigo y extensión anularía el predominio político socialista.

En una de esas dos causas, y aun las dos, hay que buscar la explicación de la tradicional hostilidad al liberalismo. Manifiesta injusticia porque el liberalismo facilitó, con Moret, el acceso de Pablo Iglesias al Congreso; favoreció, políticamente, con el discreto cierto sentido gubernamental, el desarrollo de las organizaciones obreras en los días ásperos y difíciles de la aurora socialista, cuando no había núcleos, ni diputados, ni ministros, ni enchufes; y mantuvo siempre benévola relación desde el Poder con los iniciadores y mantenedores del partido socialista en existencia precaria hasta la proclamación de la República.

Responde, indudablemente, al tradicional desvío del socialismo español para todo liberal, la enconada agresividad en el Parlamento, y fuera del Parlamento. Ahí está el discurso de Indalecio Prieto en Oviedo, pronunciado con tal exaltación, con tal violencia, con tal enardecimiento, que la Prensa recogió, con extrañeza ese raro estado de ánimo.

Más de la mitad del discurso de Prieto fué dedicado a combatir a Melquiades Álvarez, allí, en su pueblo, en el pueblo de ambos, en Oviedo. De Oviedo salió huérfano y pobre Indalecio Prieto para ir a Vizcaya a ganar el pan y a forjarse su personalidad de recio luchador. Conmovedor episodio que emocionó al auditorio. ¿Por qué no dijo, ya pulsando la cuerda sentimental, que allí, en Oviedo, quedó en semejante desamparo el hijo de un humilde artesano que había de costearse las matriculas aleccionando a sus compañeros de carrera, para poder terminarla? Ese hijo, también del pueblo, que, siendo estudiante ganó la vida con su inteligencia, conquistó, muy joven, una cátedra, se reveló, apenas salido de la mocedad, ungido con el don divino de la elocuencia, y asombró, con su saber, a sus maestros, mereciendo gloria y fortuna, era Melquiades Álvarez.

Claro está que si Prieto hubiese relatado esa historia que sabe todo Oviedo, no hubiese podido ya descargar las diatribas violentísimas que disparó contra Melquiades Álvarez; pero hubiese sido mejor para él, que, como hombre de inteligencia poco común caerá, al fin, en la cuenta de que perdió el tiempo al «pintar como querer» el retrato de quien por haber vivido desde que nació en su tierra,

es, más que conocido, popular en todas sus fases, intimidades y rasgos políticos. La realidad destruye la intención del artista, y desfigurando el modelo, se desacredita el autor. Es el público el que falla sobre el parecido.

Y el público sabe que Melquiades Álvarez es una figura noble de la política española, de recta conducta, de acendrado liberalismo, de elevada espiritualidad, de honesto desinterés, de irreprochable actuación pública y privada, patriota, servidor del pueblo al que jamás halagó ni aduló; hombre de Derecho y político de visión clara y anticipada, quizá superior en finura política y en sensibilidad al medio nacional.

Todo eso es y ha demostrado ser Melquiades Álvarez—lo demostró ya muy joven—además de ser uno de los mejores oradores españoles, un gran parlamentario, poseedor de una cultura excepcional, servida por una palabra maravillosa.

Prieto reconvinó a Melquiades su paso de la República a la Mona quía, y que hubiese retrasado el advenimiento de aquella. Ha sido un correccionario de Prieto, Fernando de los Rios, quien dijo, por dos o tres veces, en mítines y en el Congreso, que lo que sucedía en España era que el pueblo no estaba preparado para la República, y que esta había venido prematuramente. ¿Podis extrañar que lo pensase así también Melquiades Álvarez, y que éste, con el gran Azcárate y la magnífica pléyade intelectual reformista, entre ella el actual ministro de Estado, señor Zulueta, se declarasen indiferentes a la forma de Gobierno cuando nadie en España podía esperar la República, tan sólo posible por la Dictadura?

Como no podía negar que Melquiades Álvarez estuvo siempre con los humildes, quiso excitar a éstos con la evocación de la huelga del 17, y allí estaba el subsecretario de Obras Públicas, Teodomiro Menéndez, salvado de la cárcel, y quizá de algo más, por aquél.

Insistió en el reproche por el dictamen a la Telefónica, cuyo Contrato con el Estado calificó de latrocinio. Si lo es, ¿por qué no lo anuló cuando ocupó la cartera de Hacienda? ¿Por qué no lo dice en el Parlamento? Porque lo mismo oímos del Monopolio de Petróleos, y después vimos de consejero en él, con honorarios extraordinarios al socialista señor Cordero.

Prieto sabe que Melquiades es invulnerable en ese aspecto, y que ni con la Telefónica ni con nadie sostuvo nunca otra relación que la profesional, honestísima, en forma que no fuera públicamente confesable. Melquiades Álvarez, se sabe, no quiso

actuar, en política, hasta que hubo ganado, en el ejercicio de la abogacía, paso a paso, año tras año, lo suficiente para sentirse, económicamente independiente. Cuando llegó ese momento, Melquiades Álvarez intervino, con más quebranto que beneficio, por su significación liberal, para el despacho.

Un abogado de la talla singular de Melquiades Álvarez y de su capacidad, difícilmente superada, no necesita recurrir a otros medios que su trabajo para crear fortuna; más, si, como aquél, es modesto en su vida.

Injusto, efectista, mitinesco ya desacreditado lo de la Telefónica,

No ha gobernado Melquiades—de la Prieta—, pero influyó en la política y en los Gobiernos. Cierzo, y a nadie puede extrañar, ni escandalizar, mucho menos al ver los que influyen hoy. Pero Melquiades influyó poco; no valía para cacique político, y por eso le abandonaron algunos reformistas, retribuidos hoy entre los ministeriales. Melquiades Álvarez influyó para proteger intelectuales, y esto es mal asunto. Cosa difícil e ingrata. Por ejemplo, influyó para encasillar candidato a Cortes a don Manuel Azaña, y para que fuese diputado por su pueblo—que lo rechazó—, agotó Melquiades Álvarez con la Gobernación los recursos ministeriales. Inútil: Azaña fué derrotado—¿quizá eso explique lo de los «burgos podridos»?—y abandonó a don Melquiades, que no servía para cacique.

Que le cuente Prieto a Azaña eso de la influencia caciquil de D. Melquiades.

Y así todo el discurso de Prieto en Oviedo, suena a hojarasca agitada por ráfagas de pasión personal. Melquiades Álvarez vale mucho, es una gran figura nacional, es uno de los pocos valores políticos por utilizar, pues a machacarlo antes de que le sea posible servir a su Patria y al llegar con él al Poder las ideas liberales, el socialismo pueda correr el riesgo de tener que volver a recogerse en sus centros!

Por obrar así, pudo ser, en España la Dictadura. Jamás se gobernó en liberal. Nunca inspiró el liberalismo la política española, que ha podido pasar del extremismo derechista al extremismo izquierdista, al predominio socialista actual.

Por eso se hostiliza al liberalismo y se ataca a sus hombres representativos, y eso explica que Melquiades Álvarez no haya gobernado, y que el hombre que anticipó la visión certera de las vicisitudes políticas de nuestro país y ofreció las únicas soluciones políticas viables, esté solo en el Parlamento.

El dramatismo actual de nuestra Patria es ese: que con la República no ha llegado la libertad deseada, grave riesgo que explican actos como el de Prieto en Oviedo, y España es eso que anhela, a lo que cierran el paso los socialistas, ciegos por un poder que no ganaron, porque la República se la trajeron y la revolución de